

POLONIA Y LA NUEVA EUROPA

Sexta conferencia (España)

FERNANDO OLIVIE Y GONZÁLEZ DE PUMARIEGA
Embajador.

En estas XIII Jornadas que el CESEDEN y el IDN celebran juntos para analizar el problema de *La Seguridad de la Europa Central y la Alianza Atlántica* y a las que agradezco mucho haber sido invitado, me corresponde hablar sobre Polonia, juntamente con el general de brigada Raúl François Martins, subdirector del Instituto de Defensa Nacional de Portugal. Sobre una Polonia que forma parte, con Hungría y las Repúblicas Checa y Eslovaca, del llamado «Grupo de Visegrado» creado por los presidentes Walesa, Havel y Góncz después de la liquidación de los regímenes comunistas de Polonia, Checoslovaquia y Hungría. En la actualidad, Polonia, juntamente con las Repúblicas Checa y Eslovaca, y con Hungría constituye el corazón de Centroeuropa. De la parte de Europa cuya seguridad estamos sopesando desde nuestro punto de vista de miembros de la Alianza Atlántica.

Antes de entrar en el contenido de mi intervención quiero felicitar al general Martins por su brillante retrato de la actual realidad polaca. He vivido en Polonia desde fines del 86 hasta finales del año noventa y doy fe de exactitud con la que la misión de estudios de Portugal que visitó Varsovia y en la que participó el general Martins, supo captar la verdadera imagen de la Polonia actual.

El fin del sistema de Postdam

Sería muy difícil tratar de explicar los problemas relativos a la seguridad polaca si nos limitáramos a estudiar a Polonia o a los cuatro países de Visegrado, aislándolos del contexto político de la Europa actual. Para entender los problemas de la seguridad polaca hay que partir del hecho de que como ya hemos señalado, el país pertenece en primer lugar, al mencionado «Grupo de Visegrado» y en segundo lugar al sector europeo que estuvo anteriormente sometido a la influencia soviética y que hoy en día,

después de la desaparición de la URSS en agosto de 1991, flota en la magma de una Europa que todavía no se ha dotado de un ordenamiento político-económico que sustituya al de Postdam.

El gran problema europeo, que es más problema para los países del Este que para los que militan en la OTAN, radica en que, en efecto, el sistema de Postdam ha muerto y hoy en día, en 1994, no ha sido todavía sustituido por otro ordenamiento político-económico que establezca y dé seguridad a todo el continente. El sistema de Postdam murió cuando se produjo la reunificación de Alemania en 1990 y Europa dejó de estar dividida por una frontera ideológica en dos campos hostiles; el democrático y el comunista. ¿Por qué en 1994, cuatro años después de la mencionada reunificación alemana, no tenemos todavía los países europeos un ordenamiento estable y omnicompreensivo que tenga en cuenta, entre otras cosas, esa reunificación?

La Historia nos enseña que todos los ordenamientos político-económicos que han venido configurando a los distintos sectores de la Comunidad Internacional de Naciones Europeas han sido consecuencia de unas guerras al término de las cuales los vencedores imponían, con «su paz», su orden a los vencidos... y también a los neutrales. La paz, de Utrecht, que expulsó a España de Europa y aseguró la convivencia a través del equilibrio de poderes; el Congreso de Viena de 1815, que impuso a nuestro continente un ordenamiento posnapoleónico basado en la convivencia de varios Imperios (el alemán, el austro húngaro, el ruso) cada uno de los cuales se ocupaba de mantener la paz entre los distintos grupos de etnias y de pueblos que controlaba; los Tratados de Versalles de 1919, que configuraron un ordenamiento europeo basado en la coexistencia de una serie de Estados-Naciones sometidos a la disciplina de la Sociedad de Naciones y, por último, el Tratado de Postdam de 1945 que dividió al Viejo Continente en una Europa democrática y en una Europa comunista, fueron todos ellos impuestos a los derrotados por los vencedores de una guerra o de una serie de guerras (las napoleónicas duraron 26 años) y cada uno de esos tratados liquidó un ordenamiento anterior para sustituirlo por otro nuevo.

Pero ahora, por primera vez en la Historia, un ordenamiento, el de Postdam de 1945, ha desaparecido sin que su desaparición sea la consecuencia de una conflagración previa. En efecto, la liquidación del sistema de Postdam, que mantuvo dividida a Europa y a Alemania durante 45 años (de 1945 a 1990), se ha producido por el agotamiento histórico del régimen

político de una de las partes que crearon y mantuvieron en pie dicho ordenamiento; por el agotamiento del régimen comunista que ha tenido por consecuencia la liquidación de la Unión Soviética. Pero eso no quiere decir que la Unión Soviética haya sido derrotada por Occidente y que en la Europa de hoy convivan unos vencedores que puedan imponer sus criterios y sus intereses a unos vencidos. La URSS se vino abajo, por el peso de sus errores y su caída, que es la caída de un régimen político, no significa que Rusia —la pieza clave de la antigua URSS—, haya dejado de ser una gran potencia militar y económica; una gran potencia nuclear a la que no se le pueda dictar una política a seguir sino quiere voluntariamente aceptarla.

No hay en estos momentos Estados en Europa o fuera de Europa lo suficientemente fuertes como para imponerse militar o económicamente a la totalidad de los países europeos y el nuevo ordenamiento en que estos últimos tendrán que convivir está, o debería estar, surgiendo de la discusión y del diálogo entre todos ellos. El nacimiento de un nuevo sistema de relaciones intraeuropeas que sustituya al de Postdam tarda en pergeñarse y no ha encontrado todavía ni su rumbo ni la filosofía que deba inspirarlo. Exigir que todos los Estados que formen parte de ese nuevo sistema, todavía por hacer, sean democráticos y practiquen una economía de libre no es suficiente para garantizar la solidez y la perdurabilidad del mismo. Es preciso que dentro del nuevo ordenamiento se sientan cómodos la inmensa mayoría de los países que lo compongan y eso sólo se logra cuando esa inmensa mayoría intuye que el mencionado nuevo ordenamiento es el que mejor protege sus respectivos y privativos intereses.

Mientras no se llega a la organización de la paz que debe seguir al fin de la guerra fría el sistema impuesto por los vencedores de la Segunda Guerra Mundial se va desmantelando paulatinamente. La mayor parte de las instituciones que se crearon a la sombra del Tratado de Postdam ya no tienen razón de ser y han desaparecido, como ha ocurrido con el Pacto de Varsovia y el COMECON o deben adaptarse a una nueva realidad todavía muy confusa como ocurre con la OTAN o la propia Unión Europea Occidental que nació a la vida para controlar a la Alemania de Bonn y de la que hoy es pieza clave la Alemania reunificada.

Al igual que en lo político, el sistema de Postdam ha muerto también en lo económico. Los aliados occidentales vencedores, juntamente con la URSS, de alemanes, italianos y japoneses, crearon en Bretton Woods un sistema económico en el que, entre otras cosas, el dólar pasaba a ser

moneda de reserva del mundo democrático y las paridades de las distintas monedas quedaban fijadas de una manera estable con el objeto de asegurar un comercio internacional que se esperaba que fuera fluido y que en gran medida lo fue Bretton Woods no se aplicó a la URSS ni a la zona de Europa sobre la que Moscú ejerció su hegemonía política. Dos economías contrapuestas y aisladas la una de la otra han coexistido durante cerca de casi medio siglo. La economía de libre mercado a la que le dio un gran impulso el Plan Marshall ha prosperado y ha incrementado el nivel de vida de los países que la aplicaron, a pesar del hecho de que muchas de las normas de Bretton Woods saltaron en pedazos cuando en 1971 y 1973 se produjo la primera gran subida de los precios del petróleo.

La economía marxista-leninista de la URSS y de sus satélites ha sido, por lo contrario, un verdadero desastre y la causa principal de la caída de los regímenes comunistas en los países de la Europa situada al este del río Order.

El ordenamiento de Postdam trazó, también, las fronteras políticas y las fronteras geográficas de una nueva Europa. En lo que se refiere a los países situados al este del Elba y que no eran miembros constituyentes de la propia URSS el citado Tratado de Postdam:

- Creó entre el Elba y el Oder una república comunista alemana que aspiraba, por un lado a comunistizar a la Bundesrepublik y por otro a evitar que esta última democratizara a toda Alemania y la situara, políticamente hablando, en el campo occidental.
- Reconstruyó una Polonia nueva entre el Bug y el Oder también comunista pero que, paradójicamente, se convirtió en el primer Estado polaco culturalmente puro y religiosamente homogéneo (católico) que ha tenido Polonia a lo largo de su historia.
- Y por último, reimplantó las fronteras de Versalles en Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria países que pasaron a depender políticamente de la Unión Soviética.

Al liquidarse Postdam, ¿qué es lo que ha quedado de todo ello? En principio quedan las fronteras de todos esos Estados porque en 1975 en Helsinki los Estados Unidos, Canadá y todos los países europeos de entonces, incluida la URSS, se comprometieron a respetar las fronteras existentes que son las trazadas término de la Segunda Guerra Mundial y hasta ahora las han respetado.

Pero aparte de las fronteras, que presisten, la desaparición del Tratado de Postdam ha dado lugar en Centroeuropa a la liquidación de la república

comunista alemana cuyos cinco *länder* han quedado unidos a la Bundesrepublik y ha suprimido también la relación de dependencia respecto a la Unión Soviética a que estuvieron sujetas Polonia, Hungría y Checoslovaquia (y Rumania y Bulgaria). Consecuencia más remota del fin del ordenamiento de Postdam es la división de Checoslovaquia en dos nuevos Estados; las Repúblicas Checa y Eslovaca.

La liquidación del citado ordenamiento de Postdam ha dado lugar también a la desaparición de los regímenes comunistas que gobernaban a estos países y sus economías han dejado de ser centralizadas y estatalizadas para pasar a ser unas economías de libre mercado, lo que no se ha logrado todavía plenamente pues gran parte de sus medios de producción son todavía de propiedad estatal.

Por último, con la muerte de Postdam han muerto también los acuerdos que ligaban entre ellos y a todos ellos con la URSS a los países que quedaron políticamente dependientes de esta última. La desaparición de esa red de convenios que ligaban a los países de esa parte de Europa entre ellos disminuye sensiblemente el nivel de seguridad de la región. Al cancelarse, por ejemplo, el Pacto Varsovia que garantizaba militar y políticamente la colaboración entre los países que lo integraban se ha suprimido la barrera más importante puesta a cualquier conflicto que pudiera surgir entre ellos y es evidente que los conflictos de intereses entre los antiguos miembros del Pacto de Varsovia abundan. El citado Pacto de Varsovia no sólo sirvió para que un grupo de Estados marxista-leninistas coordinaran sus medios defensivos frente a un mundo capitalista al que consideraban su enemigo. Sirvió también para que el este de Europa conociera 50 años de paz.

El fin del sistema de Postdam ha llevado también aparejado el fin del Consejo de Ayuda Económica Mutua (el COMECON) que había ligado durante medio siglo los sistemas económicos de los países marxista-leninistas de Europa Oriental. Nada tiene pues de extraño que la libertad política y la independencia nacional adquiridas de nuevo al cesar la hegemonía soviética sobre los países que habían sido sus satélites, ha dejado a estos últimos huérfanos. Es decir solos, desunidos y lógicamente preocupados por su seguridad y por su bienestar económico.

La colaboración, pactada en Visegrado (Checoslovaquia) en 1990 por los presidentes checoslovaco, polaco y húngaro fue el primer paso que dieron los cuatro países de Europa Central para paliar, en la medida de lo posible, esa «soledad política» a la que se vieron expuestos a partir de la caída del muro de Berlín.

Pero es evidente que el Pacto de Visegrado no basta ni para garantizar la seguridad ni para promover el desarrollo económico de sus firmantes. Los cuatro países que ahora lo integran y sobre todo Polonia, que es la que interesa especialmente en este estudio, están tratando de acercarse a Europa Occidental y de colocarse bajo su amparo. Todos ellos han firmado con la OTAN el Tratado de «Asociación para la Paz» y han suscrito con la Unión Europea (UE) acuerdos económicos de asociación, como pasos previos para una mayor integración en la vida política y económica de Occidente.

Polonia, Hungría, la República Checa y Eslovaquia estiman que tanto su seguridad futura como sus posibilidades de desarrollo económico sólo quedarán garantizados cuando los cuatro países sean parte integrante de la UE y miembros de pleno derecho de la OTAN. Para que esto ocurra tienen que superarse antes una serie de obstáculos que podrían dividirse en dos grandes grupos; en un primer grupo se encuentran los obstáculos que hacen difícil la ampliación de la Unión Europea Occidental y que son obstáculos fundamentalmente económicos y en un segundo grupo se encuentran los obstáculos, esencialmente políticos, que se oponen al ingreso puro y simple de estos cuatro países en la OTAN. Si este ingreso se produjera en estos momentos encontraría, entre otras cosas, la hostilidad de una Rusia a la que se le prometió, cuando se produjo la reunificación alemana, que la OTAN no se extendería al este del Elba.

Los comienzos de un nuevo ordenamiento europeo

Como antes se señalaba, el nuevo ordenamiento que deberá sustituir al de Postdam y que debería ser obra del esfuerzo de todos los que van a convivir bajo el mismo, está todavía en mantillas. En la confusa situación político-económica que vive Europa en estos momentos sólo hay dos instituciones sólidas, cuyos objetivos son claros; se trata de la UE de la OTAN. Ello explica el deseo de pertenecer a las mismas que han expresado los cuatro países del «Grupo de Visegrado».

La UE, si bien es sólida y estable cuando se la compara con el mundo que la rodea, tiene también sus problemas y algunos de ellos son muy graves. La UE, por ejemplo, alberga en su seno en estos momentos a 17 millones de desempleados y está saliendo de una de las más duras recesiones económicas de su historia. Su productividad es muy alta pero su competitividad no. La hora de trabajo cuesta en Europa 20 dólares y en Estados Unidos y Japón 16, mientras que en la Europa del Este y en el sudeste

asiático la hora cuesta sólo 4,5 dólares y 1,6 dólares respectivamente. Hacer a la UE competitiva asegurando, al mismo tiempo, su adecuado porcentaje de empleos u nivel de vida y su productividad es una tarea ingente que tendrá ocupados durante años a los Doce de ahora y a los Dieciséis (los Doce más Austria, Finlandia, Noruega y Suecia) que, posiblemente, la integrarán a partir del 1 de enero de 1995. La admisión inmediata de otros nuevos miembros queda por el momento descartada. Una apertura prematura de las puertas de la UE a los países del este de Europa no la soportarían ni las economías de estos últimos países ni la de la propia Unión.

Por su parte, la ampliación de la OTAN a países que pertenecieron antes a la esfera de influencia de la Unión Soviética exigiría un acomodo previo con los herederos directos del poder militar de dicha Unión, es decir, con Rusia y con la Comunidad de Estados Independientes (CEI). Ese acomodo no sería, por lo tanto, otra cosa que la base del nuevo ordenamiento que sustituirá, que tendrá que sustituir porque así lo exige la lógica de la Historia, al ordenamiento de Postdam.

Vemos así que los países que han quedado desamparados (los cuatro de Visegrado, los tres bálticos, Bulgaria y Rumania, etc.), al derrumbarse el sistema de relaciones internacionales establecido después de la Segunda Guerra Mundial, son los principales interesados en que surja un nuevo sistema en el que se encuentren al fin cómodos y seguros y al mismo tiempo independientes y libres. Estos países presionan, pues, para la creación de un nuevo orden europeo que consistiría fundamentalmente en la extensión de la OTAN y de la UE a la parte del continente que ocupan. En el fondo se trataría de repetir a escala europea lo que ocurrió en Alemania donde el Estado marxista-leninista de la Alemania Popular fue sustituido por cinco *länder* que pura y simplemente se unieron a la Bundesrepublik.

En la Europa Occidental, en el espacio político en el que se encuentran los países que impusieron a Europa el Tratado de Versalles y que participaron en la elaboración del de Postdam, también se siente la necesidad de crear un nuevo ordenamiento político-económico que sustituya al de la posguerra. Ahora bien, los Estados llamados a la construcción del nuevo sistema de relaciones continental no piensan todos del mismo modo y podrían dividirse en tres grupos: el grupo de los países que quieren seguir mandando, el de los que quieren mandar y el de los que se sienten cómodos tal como están por el mero hecho de pertenecer ya a la UE y a la OTAN. Entre estos últimos países se encuentran, al menos teóricamente España. La clase

política y la mayoría de la opinión pública española parecen estimar que nuestro país ha conseguido, al fin, la posibilidad de ser un país europeo más, por el simple hecho de haber sido admitido en los dos clubes más selectos de la Comunidad Internacional de Naciones. La mayoría de los españoles piensan que en política exterior ya poco tenemos que hacer, olvidando que dentro de los clubes mencionados tendremos que defender nuestros intereses con la misma ferocidad y el mismo coraje que habría que desplegar si no pertenciéramos a los mismos so pena de terminar ejerciendo una muy modesta tarea dentro de los clubes en cuestión. Si se examina más atentamente como se ha configurando la nueva Europa y como se va diseñando nuestra situación dentro de la misma, ni los diferentes partidos políticos españoles ni la opinión pública en general deberían tener motivos para sentirse excesivamente optimistas. Pero la explicación de este aserto exigiría por sí sola un análisis separado y eso es ya otra historia.

Entre los países que quieren seguir mandando sea cual sea el nuevo ordenamiento que se cree figuran Francia y Gran Bretaña. Francia e Inglaterra que nunca estuvieron al margen de la vida europea como nos pasó a nosotros, se dan cuenta de que la nueva Europa que se está conformando no va a ser el fruto puro y simple de decisiones adoptadas en París y Londres, como en el pasado y hacen todo lo posible para continuar disfrutando de una situación de preminencia en la nueva Europa que empieza a entretenerse. Su pertenencia al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, el apoyo norteamericano del que gozan y sus respectivas fuerzas nucleares son los mejores instrumentos de que disponen... a condición de que no haya otros países europeos que puedan disponer también de los mismos. Uno de esos países, el principal, era y es la Alemania reunificada.

Por ello es interesante examinar las posturas respectivas que adoptaron Londres y París frente a esa reunificación. La señora Thatcher se opuso por todos los medios a la misma y quiso convencer al señor Mitterand —y a otros dirigentes políticos europeos— de que era conveniente que también se opusieran. En una intervención ante el *Global Panel Conference* de La Haya el 15 de mayo de 1992 la *primer* ministro británica explicó las razones de su actitud. Alemania, vino a decir la señora Thatcher, es un problema para todos los europeos e incluso para los propios alemanes. Es demasiado fuerte para que se deje imponer políticas que no desea seguir pero, al mismo tiempo, no es lo suficientemente fuerte para imponer a los demás sus propios criterios. La conclusión era muy simple. Debería, según la señora Thatcher, haberse seguido manteniendo a Alemania en un nivel

determinado de fortaleza —en el nivel fijado al admitir en la OTAN a la Bundesrepublik— garantizado por su ligazón a una serie de instituciones occidentales fuera de las cuales Bonn no habría podido sobrevivir y dentro de las cuales Bonn no habría podido nunca mandar demasiado, entre otras cosas porque cada país miembro de ese entramado político-económico guardaría siempre su propia libertad de acción y un derecho a veto.

La Francia del presidente Mitterrand siguió una línea de conducta distinta. Dándose cuenta de que la reunificación alemana era imparable y comprendiendo que ni Estados Unidos ni la URSS estaban dispuestos a evitarla, se lanzó a fondo a jugar la carta de la amistad franco-alemana y en 1990, en unas declaraciones a *Le Monde* el presidente Mitterrand esbozó un diseño de la Europa futura en el que Alemania, ya reunificada, tendría su sitio adecuado. El Consejo de Europa, arguyó el señor Mitterrand sería el foro en el que se definirían los grandes principios de la civilización europea. La Conferencia sobre Seguridad y Cooperación Europea (CSCE) se ocuparía, por su parte, de resolver los conflictos intraeuropeos y la Comunidad Europea (hoy en día la Unión Europea) trazaría la política económica a seguir por sus miembros y contribuiría a dirigir el desarrollo económico de sus inmediatos vecinos. En resumen, la nueva Europa sería dirigida por una UE tan económicamente fuerte que los demás países del entorno aceptarían sin reticencias e incluso con entusiasmo esa dirección. Una dirección en la que el tándem franco-alemán llevaría la voz cantante.

La orientación francesa coincidió con las aspiraciones alemanas. Si Francia y Gran Bretaña pretendían seguir mandando, Alemania no se opondría pues ella también quiere mandar. A mandar por lo menos en el terreno económico. En unas declaraciones a *Le Figaro* del 20 de mayo de 1992 el canciller Kohl expuso sucintamente la política de su país. Alemania no quiere tener la bomba atómica ni una fuerza nuclear propia porque ya la tienen sus amigos y aliados, Estados Unidos, el Reino Unido y Francia que sabrán utilizarla en defensa de la democracia y de la libertad de los alemanes. Alemania no necesita ser miembro del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas porque ya lo son sus amigos y aliados; Estados Unidos, el Reino Unido y Francia. Pero Alemania es una gran potencia económica con una moneda fuerte y es, por lo tanto, deber esencial de los distintos Gobiernos de Alemania el de asegurar que el nivel de vida de los alemanes no sufra por culpa de la puesta en marcha de políticas económicas equivocadas. Por ello el Gobierno alemán quiere participar plenamente y dejar oír su voz en la toma de decisiones que afecten a la economía mundial y sobre todo a la economía europea.

En la elaboración del nuevo orden continental no se puede prescindir de las dos potencias extraeuropeas —Estados Unidos y Rusia— que participaron en la construcción del ordenamiento de Postdam. Estados Unidos que, en un principio, vio con suspicacia la creación de la Comunidad Económica europea y la conversión de Francia, de la Francia de De Gaulle, en una potencia nuclear, han aceptado ya plenamente como aliado y socio a dicha UE y han dejado de considerar a Gran Bretaña como su único representante en nuestro continente. Aunque las relaciones entre Washington con cualquier otra capital europea, es indudable que Estados Unidos considera en la actualidad que su mejor aliado a este lado del Atlántico es una UE con una economía poderosa que pueda ayudar a Norteamérica a mantener la paz global y que, además sea capaz de asegurar su propia defensa.

Con ocasión de la visita del presidente Clinton a Alemania a principios de julio de 1994, días después de la celebración de la Cumbre de los Siete países más industrializados que este año tuvo lugar en Nápoles, se puso de manifiesto, por parte de la diplomacia americana y por parte del propio presidente de Estados Unidos, que este último considera a la actual Alemania reunificada como el motor de la economía de la UE y como el país más importante de dicha Unión. Ello explica porque Washington en 1990 no sólo no se opuso a esa reunificación sino que mas bien la alentó y la hizo posible.

La desaparición de la Unión Soviética, acaecida inmediatamente después del fallido golpe de Estado de agosto de 1991, no ha supuesto, ni mucho menos, la liquidación del poder de Moscú. Rusia, que fue siempre la pieza esencial de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas como lo había sido también del Imperio de los zares, es una gran potencia por derecho propio —una gran potencia económica y nuclear— que no está dispuesta a dejar de serlo aunque se convierta en un Estado democrático y practique una economía de libre mercado.

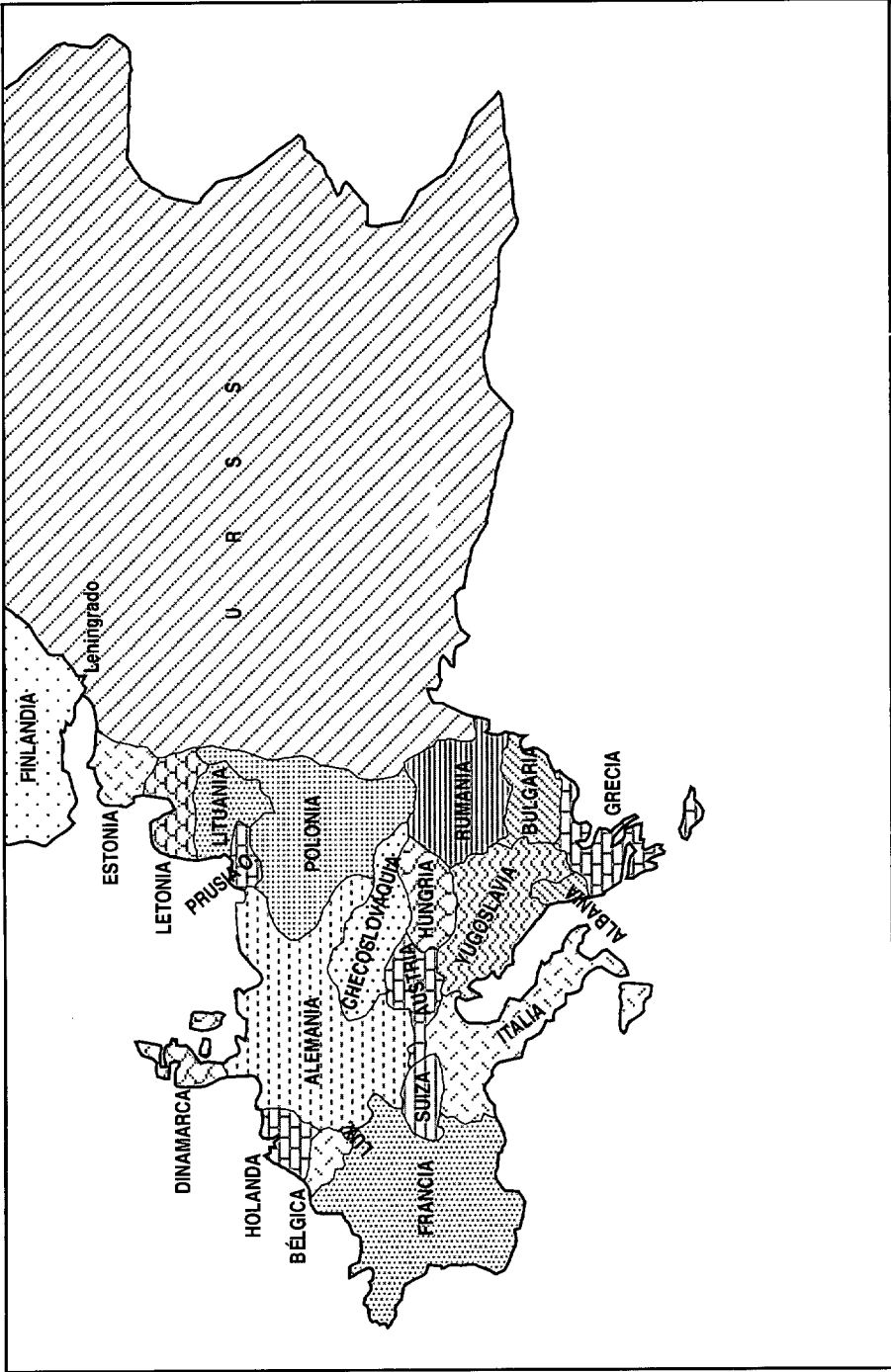
Así lo ha ido reconociendo Occidente a pesar de que voces muy prestigiosas, como las de Kissinger y Brzezinski, han recomendado a los gobiernos occidentales que aprovechen los problemas que se le presentan a un Moscú que se debate en la tarea de refundar su propio Estado, para desplazar hacia el Este, hacia Asia, el poder de ese nuevo Estado ruso que aún no ha cuajado, con el fin de que no pueda intervenir en el futuro en los asuntos del resto de Europa. El Gobierno del presidente Clinton y los de sus aliados europeos han preferido entenderse con la nueva Rusia y ayudarla a democratizarse, a modernizarse y a civilizarse. Y han hecho bien

pues lo primero que, después de la liquidación de la URSS, hicieron los tres grandes pueblos eslavos que fundaron Rusia hace ochocientos años (Rusia, Ucrania y Bielorrusia) fue unirse entre ellos.

Como se recordará, en agosto de 1991 se liquidó la URSS pero en diciembre del mismo año se fundó en Brest la CEI a la que se unieron inmediatamente y por su propia voluntad las cinco repúblicas ex soviéticas del Asia Central. Hoy en día todas las antiguas Repúblicas de la URSS, salvo las tres bálticas, pertenecen a la CEI y son los rusos los que están asegurando la defensa exterior de las mismas, como en un Tayikistán invadido por afganos, mediando entre ellas como en el caso de Nagorni Karabach donde Rusia trata de poner paz entre azeríes y armenios o simplemente salvaguardando la tranquilidad interna de las repúblicas en cuestión, como en el caso de Georgia donde la política ultranacionalista de Gamsakurdia dio lugar a la sublevación de Osetia del Sur y de Abkazia contra el Gobierno de Tbilisi. Nadie en Occidente ha puesto en entredicho esta política rusa y el propio Moscú ha llegado a pedir que la ONU subvencione las actividades humanitarias o para el mantenimiento de la paz que el Ejército ruso está llevando a cabo fuera de las fronteras estrictas de la República Federal Rusa pero dentro de las fronteras de las otras once Repúblicas que componen la CEI antes mencionada.

Pero Moscú no limita su proyección de gran potencia al ámbito estricto de la citada CEI. Quiere intervenir en Europa, quiere participar en la construcción del nuevo orden político europeo que sustituya al de Postdam y ha puesto de manifiesto esta aspiración en varias ocasiones recientes. Citemos sólo dos de éstas. La primera fue cuando se opuso a que los países situados al este del Oder, que habían pertenecido al Pacto de Varsovia, se integraran plenamente en la OTAN como esos países pretendían y algunos miembros de la OTAN deseaban. La oposición de Moscú a la extensión hacia el Este de la OTAN tenía su fundamento. Cuando Alemania se reunificó Moscú no se opuso a dicha reunificación a condición de que el Tratado del Atlántico Norte no extendiera sus responsabilidades más allá de los antiguos límites de la República Federal Alemana. Estados Unidos aceptó la reticencia rusa e inventaron la fórmula de la «Asociación para la Paz» que liga a los países del Este, uno a uno, a la OTAN sin formar parte plenamente de la citada Organización. Moscú ha aceptado esta fórmula.

La segunda ocasión en la que Rusia ha puesto de manifiesto su deseo de que se cuente con ella a la hora de tomar decisiones que afecten a otros



Mapa 1.—La Europa de Versalles y Brst-Litovsk.

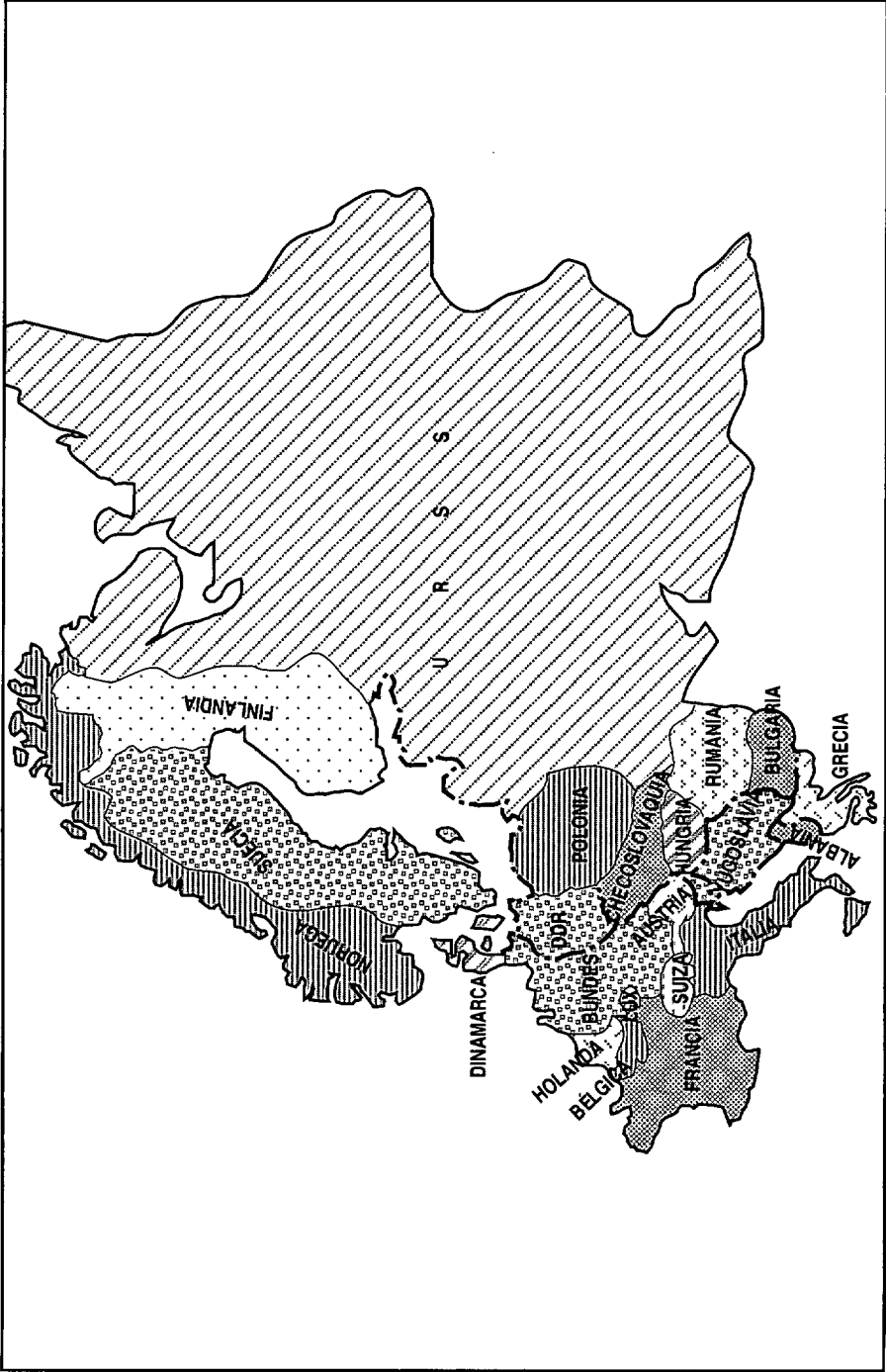
países europeos ha tenido lugar en febrero del presente año. Como se recordará, el 6 de febrero de 1994 una granada de mortero disparada por la artillería serbia que cerca a Sarajevo ocasionó una gran matanza de civiles en el mercado de la citada ciudad. La opinión pública mundial se soliviantó contra los serbios y exigió de la ONU y de la OTAN que se tomaran medidas contra los mismos. El Consejo de Seguridad exigió entonces a los serbios de Bosnia, a las autoridades de la llamada «República Serbia de Bosnia», que retiraran su artillería pesada detrás de un círculo con centro en Sarajevo y 20 kilómetros de radio. La diplomacia rusa, que intervino antes de que se produjera un conflicto armado entre la OTAN y los serbios, logró en unas horas que las autoridades serbias retiraran su artillería. Y lo logró en forma tal que Occidente no tuvo más remedio que apreciar que en los Balcanes la influencia de Rusa sigue siendo enorme; tan importante o más que la de Occidente.

A partir de ese momento no cabía otro recurso que el de asociar directamente a Moscú a los trabajos que se llevan a cabo para resolver el conflicto yugoeslavo y el 25 de abril del año actual nació en Londres el llamado «Grupo de Contacto», compuesto por Estados Unidos, Rusia, Gran Bretaña, Francia y Alemania, que ha tomado directamente en sus manos y prescindiendo del resto de Europa, la tarea de crear un ordenamiento político nuevo para asegurar la convivencia futura de los pueblos que integraron la extinta República Socialista Federativa de Yugoslavia.

Si el nuevo orden yugoeslavo cuaja y estabiliza esa parte de Europa el «Grupo de Contacto» habrá tenido un gran éxito y en ese caso no tendría nada de extraño que sus miembros intenten extender sus actividades a otros sectores de Europa.

¿Cuáles podrían ser estos sectores? El sector europeo que más necesitado está de unas normas internacionales que establezcan la convivencia es el que se extiende entre las fronteras orientales de la Alemania reunificada y las occidentales de la CEI. Desde 1918 a 1994 la geografía política de dicho sector ha sufrido importantes variaciones. El Tratado de Versalles (mapa 1) acabó con los Imperios alemán, austro-húngaro y ruso y creó una serie de Estados-Naciones entre una Alemania que había perdido importantes territorios en su parte oriental y una Rusia que los había perdido en su parte occidental, a los que se unieron los Estados sucesores de Austria-Hungría.

El Tratado de Postdam si bien quiso restablecer, en cierta medida, la geografía de Versalles simplificó enormemente la situación europea al dividir el continente en dos bandos (mapa 2, p. 150) separados por una frontera ideológica.



Mapa 2.—Europa de Postdam.

El fin del sistema de Postdam con sus consiguientes secuelas (separación de Checoslovaquia en una República Checa y otra Eslovaca, desintegración de la República Socialista Federativa de Yugoslavia, etc.) ha conformado un mapa de la Europa del Este (mapa 3, p. 152) en el que aparecen entre las fronteras occidentales de la CEI y las orientales de Alemania, nada menos que 15 nuevos países democráticos o en vías de serlo, que son: Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, República Checa, Eslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina, la República Federal de Yugoslavia integrada por Serbia y Montenegro, Macedonia y Albania.

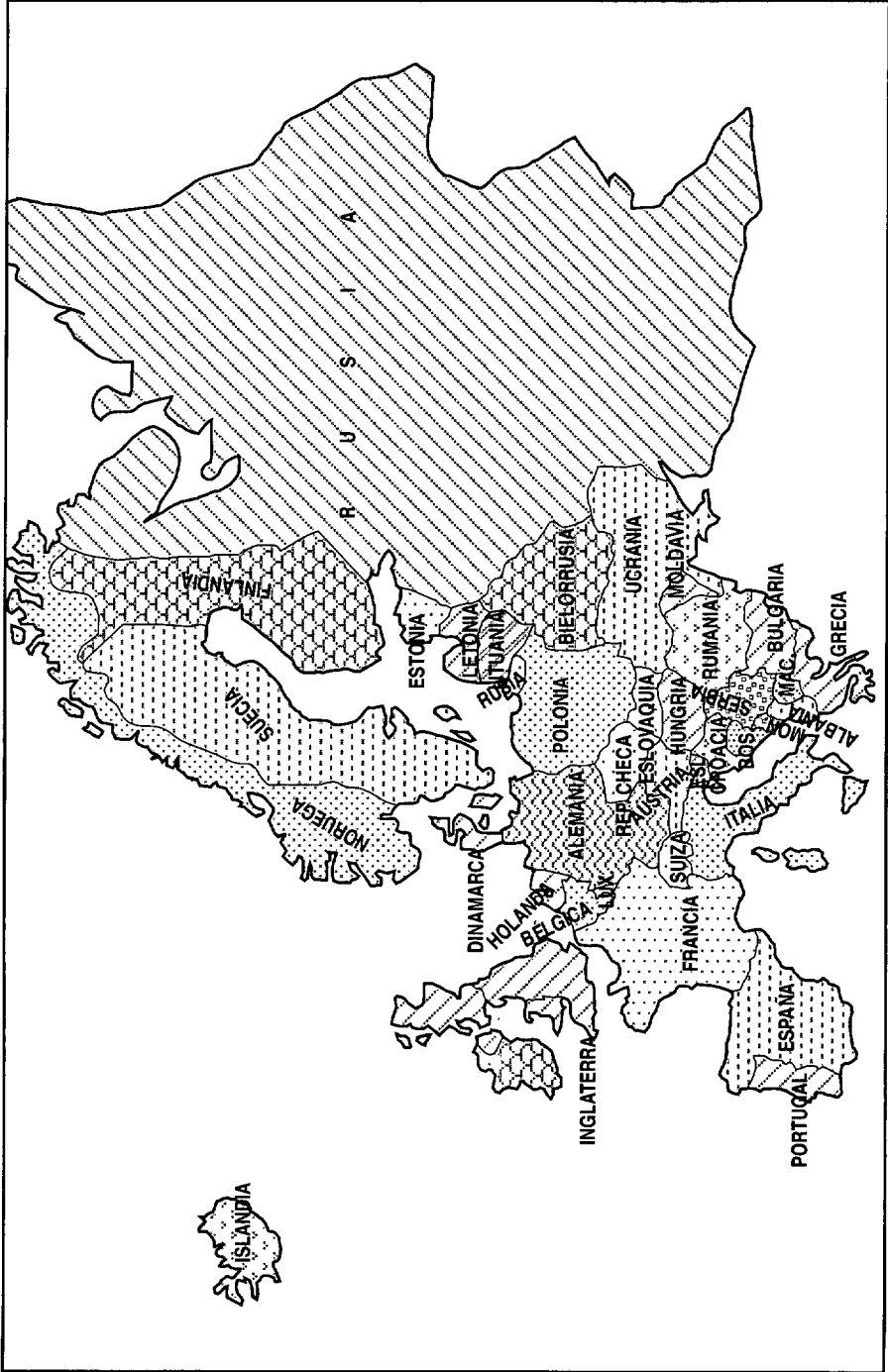
Estos 14 países ni son miembros de un Pacto de Varsovia, que ya no existe ni de una OTAN en la que no pueden ingresar. El CAME que relacionaba las economías de la mayor parte de ellos ha desaparecido, como tampoco puede ya un inexistente Pacto de Varsovia poner coto a los conflictos que pudieran surgir entre los mismos. Sus economías son caóticas y aunque mejoren con el tiempo nunca tendrán una base sólida consideradas una a una dada la pequeñez de sus mercados propios. Son países destinados a girar en la órbita económica alemana en la rusa... o en las dos.

Este examen previo de la actual realidad europea nos permitirá entender mejor cual es la actual situación de Polonia dentro de la nueva Europa que se está creando.

Polonia

El peso de la Geografía y de la Historia

Norman Davies, el profesor británico que ha escrito una de las mejores historias modernas de Polonia, dice que la situación geográfica de dicho país se parece a la de alguien que quisiera dormir la siesta en el centro de la Quinta Avenida de Nueva York. Quien intentare semejante aventura más temprano que tarde moriría aplastado por un autobús, un taxi o un vehículo particular. La Providencia ha situado a los polacos en el medio de la llanura centroeuropea, sin fronteras naturales al Este o al Oeste que los protejan de rusos y alemanes. Los ha colocado en la Quinta Avenida del Este, en el pasillo obligado por el que alemanes y rusos han circulado para combatirse a lo largo de la Historia. Como diría el escritor de temas militares Liddell Hart, Polonia es un excelente *tank country* y ello hace del país uno de los más inseguros de Europa, lo cual ha pesado mucho sobre su historia.



Mapa 3.—La Europa después de la reunificación alemana.

En efecto, mientras Polonia fue fuerte y sus vecinos débiles los polacos pudieron mantenerlos a raya. Cuando sus vecinos del Oeste y del Este crecieron en poderío, Polonia pagó cara su situación geográfica.

Los primeros polacos fueron una tribu eslava que se asentó a ambos lados del río Vístula y que se convirtió al catolicismo en el siglo x amparándose en el Papado para defenderse de un Imperio Romano Germánico que había empezado a extenderse hacia Oriente so pretexto de cristianizar a los pueblos situados al este del Elba y del Oder. Los primeros monarcas polacos de la dinastía de los Piast fundaron Cracovia, donde establecieron la capital del Reino y las principales ciudades del país entre las que figura la ciudad de Gdansk en la desembocadura del Vístula. En 1387 la última reina de la dinastía de los Piast, la beata Jadwiga, contrajo matrimonio con Jagiello, Duque de Lituania que se convirtió al catolicismo con todo su pueblo. El reino unido de Polonia y Lituania se convirtió en el Estado más importante —y más civilizado— del este de Europa. A fines del siglo xvi los territorios sujetos a los reyes de Polonia y duques de Lituania comprendían los actuales Estados de Polonia, Lituania, Bielorrusia, Ucrania, Rumania, Hungría, Croacia, Eslovenia, la República Checa y Eslovaquia, con costas al Báltico, al mar Negro y al Adriático. El padre de la historiografía polaca, Joachim Lelewel sostiene que el Estado polaco cumplió a lo largo de los siglos xv y xvi la misión de mantener a los turcos y a los mongoles alejados del resto de Europa lo que hizo posible el Renacimiento y permitió a nuestro continente incorporar gran parte del ultramar a la cultura occidental.

A fines del siglo xvi, en 1572, se extinguió la dinastía de los Jagiellones y los nobles polacos, reunidos en Asamblea (*Sejm*) donde la unanimidad era obligatoria para la adopción de cualquier ley o medida, decidieron elegir a sus soberanos futuros que reinarían con carácter vitalicio. La I República polaca nació así a la vida. Una república coronada donde los monarcas terminaron siendo elegidos por unos vecinos que se habían ido haciendo fuertes a costa de la debilidad cada vez mayor del Estado polaco. En 1795, reinando Stanislaw Poniatowski, el último soberano polaco, los emperadores de Austria y Rusia y el rey de Prusia se repartieron a Polonia que desapareció del mapa político europeo.

Desapareció Polonia como país independiente y soberano pero no los polacos que en 1918 volvieron a refundar su Estado —la II República polaca— bajo la dirección del mariscal Pildsuski. El mariscal supo apoyarse primero en los imperios centrales para zafarse del dominio ruso y luego en los aliados occidentales para liberarse de Alemania y de Austria-

Hungría. Al terminar la guerra, las fronteras occidentales que el Tratado de Versalles concedió a Polonia dejaban en manos alemanas la mayor parte de Silesia y de la antigua Pomerania polaca. La ciudad de Gdansk se convirtió en una ciudad libre administrada por la Sociedad de Naciones y un estrecho corredor permitió el acceso al Báltico del centro de Polonia, dejando a Prusia Oriental separada del resto de Alemania. Como compensación de estas complicadas fronteras occidentales —por culpa de las cuales estallaría mas tarde la Segunda Guerra Mundial— Polonia se anexionó al Este gran parte de Bielorrusia y de Ucrania así como un tercio de la actual Lituania, territorios arrancadas *manu militari* a una URSS que no se había recuperado todavía de la derrota de 1918 a manos de los imperios centrales y de su propia guerra civil entre rojos y blancos.

Los Tratados Molotov-Von Ribbentrop de agosto de 1939 sancionaron el fin de la II República polaca y repartieron el territorio polaco entre el III Reich y la Unión Soviética hasta la derrota de Alemania en 1945. Los acuerdos de Postdam de este último año dieron vida a una nueva República polaca; la III República que sería una república marxista-leninista hasta el año 1989. La Polonia de la posguerra ha quedado situada unos 200 kilómetros más al Oeste que la Polonia de entreguerras. La URSS se anexionó los territorios de Bielorrusia y de Ucrania conquistados por el mariscal Pildsuski después de la Primera Guerra Mundial, liberando a la actual Polonia de ciudadanos bielorrusos y ucranianos, ortodoxos todos ellos y que nunca se sintieron a gusto en la Polonia anterior a la última guerra mundial. Los polacos que vivían en los territorios del Este fueron trasladados al Oeste. A la Silesia y a la Pomerania cuyos habitantes alemanes fueron expulsados refugiándose en lo que más tarde sería la Bundesrepublik. Prusia Oriental fue dividida entre la URSS y la nueva república polaca y sus habitantes alemanes fueron también expulsados. Como los nazis habían exterminado a la población judía polaca, que era una de las mas numerosas de Europa, la Polonia nacida a la vida internacional después de la Segunda Guerra Mundial está habitada tan sólo por polacos y además por polacos católicos.

Sobre esta Polonia que las brutalidades de Stalin y de Hitler habían reducido a sus habitantes culturalmente polacos y religiosamente católicos el Tratado de Postdam impuso artificialmente un régimen marxista-leninista. La historia interna de la III República polaca es fundamentalmente la historia de la lucha entre el Estado marxista-leninista de un lado y la Iglesia católica de otro por el control de la sociedad, lucha que se saldó con la derrota del sistema marxista-leninista.

Este último pereció definitivamente en 1980, año en el que a los obreros organizados en el sindicato Solidaridad por Lech Walesa se unieron los intelectuales y prácticamente todas las clases que integraban a las profesiones liberales del país. El Movimiento Solidaridad creado entorno al sindicato de igual nombre llegó a contar con 10 millones de afiliados y se impuso al propio partido Obrero Unificado (el Partido Comunista). La reacción de los países vecinos de Polonia y en especial de la URSS contra las fuerzas políticas que constituían la oposición polaca fue inmediata y sólo la imposición de un régimen militar por el general Jaruzelski en diciembre de 1981 evitó una intervención de las tropas del Pacto de Varsovia similar a las intervenciones que se habían producido en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968.

En 1989, el general Jaruzelski, que desde dicho año de 1981 controló el poder con el respaldo tácito de las Fuerzas Armadas, organizó una mesa redonda con las fuerzas de la oposición y el régimen marxista-leninista fue sustituido en junio de ese año, a través de unas elecciones legislativas seguidas de otras presidenciales, por un sistema democrático. La transición política polaca fue modélica. El último jefe de Estado del régimen marxista-leninista fue el general Jaruzelski. El primer presidente de la IV República polaca, de la actual Polonia democrática, fue el mismo general Jaruzelski, elegido para la Jefatura del Estado por el voto del grupo político que se le había opuesto en los últimos años del régimen marxista, es decir, por el voto del movimiento de Solidaridad.

Los problemas de la IV República polaca

PROBLEMAS DIPLOMÁTICOS

La II República polaca, la renacida en 1918, surgió a la vida internacional en un Estado de permanente hostilidad con prácticamente todos sus vecinos. La culpa de esa situación la tuvieron sus fronteras. Las fronteras polaco-alemanas fueron trazadas por el Tratado de Versalles que negó a Polonia la recuperación de todas las tierras que Prusia le había quitado en 1795. Silesia siguió siendo alemana como también siguió siéndolo Pomerania de forma que el acceso al mar que el punto número 13 de los famosos 14 puntos de Wilson prometía a Polonia se consiguió mediante un corredor polaco que unía al centro del país con el mar Báltico en la desembocadura del Vístula. Es más, la ciudad de Gdansk sita en la citada desembocadura no fue asignada ni a Polonia ni a Alemania; se convirtió en una «Ciudad Libre» administrada por la Sociedad de Naciones. El acceso al mar de la Polonia de entreguerras quedó reducido a una treintena de

kilómetros de costa en los que la II República polaca construyó el puerto de Gdynia que hoy está unido a la ciudad de Gdansk.

Estas fronteras no gustaron a Polonia pero tampoco gustaron a la Alemania de Weimar que quedó separada de Prusia Oriental por el citado corredor polaco. Las fronteras occidentales de Polonia, las fronteras germanopolacas, trazadas por el Tratado de Versalles serían la causa del estallido de la Segunda Guerra Mundial.

En el Este, las fronteras de Polonia con Lituania y con la recién nacida URSS se fijaron *manu militari*. Los polacos se apoderaron de una tercera parte de Lituania incluyendo su actual capital de Vilnius, alegando que esa zona estaba habitada por una mayoría polaca —lo que era cierto— y cuando Polonia derrotó en 1921 a una fuerza invasora soviética impuso a la URSS, por el Tratado de Riga de 18 de marzo del citado año, unas fronteras que dejaban dentro de Polonia grandes extensiones de la actual Bielorrusia y de la actual Ucrania.

Incluso al Sur, con la República de Checoslovaquia, Polonia tuvo problemas fronterizos. Los Gobiernos de Varsovia aceptaron a regañadientes que la zona de Teschen, donde vivía una importante minoría polaca, fuera asignada a Checoslovaquia y cuando Hitler, después de Munich, desmembró Checoslovaquia, tropas polacas se apoderaron de dicha zona.

La IV República polaca, surgida después de la caída de los regímenes marxista-leninistas, ha aprendido bien la lección de la Historia y su política exterior de país independiente y soberano ha buscado desde el primer momento mantener las mejores relaciones posibles con todos sus vecinos; incluso con la URSS que la tuvo dominada durante casi medio siglo. Y después de la disolución de la URSS con Bielorrusia y Ucrania.

Desde 1989 son cinco los gobiernos que se han sucedido en el poder en Varsovia pero la política exterior del país no ha variado y ha sido desarrollada tan sólo por dos ministros de Asuntos Exteriores. El primero de ellos, el señor Skubiszewski, ha ocupado la cartera de Exteriores desde 1989 hasta 1993. El segundo, el señor Olechowski, lleva ya casi un año en el cargo. El señor Skubiszewski es un profesor de Derecho Internacional de la Universidad de Poznan y un conocido tratadista de Derecho Internacional. Desde que se hizo cargo de la cartera de Exteriores su preocupación más importante fue la de asegurar, con sus vecinos, la garantía de las actuales fronteras polacas. Antes de la reunificación de Alemania, logró que el Gobierno de Bonn se comprometiera a respetar las que separan a

ambos países, promesa ratificada por la Alemania unida. Paralelamente Polonia ha firmado acuerdos de buena vecindad y cooperación con Checoslovaquia, Ucrania y Bielorrusia. Hasta el momento no ha podido firmarse un acuerdo similar con Lituania pues las autoridades de este último país exigen que Polonia pida perdón por la ocupación de Vilnius en 1918.

Al mismo tiempo Polonia ha manifestado su propósito de ingresar en la OTAN y en la UE como miembro de pleno derecho de ambas organizaciones. En estos momentos Polonia es «Asociado para la Paz» con la OTAN y tiene suscrito un Acuerdo de Asociación con la referida UE, acuerdo cuya negociación se inició en el invierno de 1989 siendo entonces España presidente del Consejo de Ministros de la Comunidad Económica Europea, predecesora de la mencionada Unión. El jefe de la delegación polaca que inició las negociaciones con el «Mercado Común» fue precisamente el actual ministro de Asuntos Exteriores, el señor Olechowski, que es un conocido economista.

PROBLEMAS POLÍTICOS

La transición polaca de un régimen marxista-leninista a un régimen democrático se produjo sin traumas y, como ya se ha dicho, en forma modélica. La evolución política de la IV República polaca, desde su nacimiento en 1989 hasta la fecha, ya no ha sido tan modélica y en estos cinco años transcurridos cinco Gobiernos han ocupado el poder en Varsovia; se trata de los presididos por los señores Mazowiecki, Bielecki, Olszewski, la doctora Suchocka y el señor Pawlak. Esta inestabilidad gubernamental que, afortunadamente, no se traduce en una inestabilidad del país, cuyo desarrollo es más bien tranquilo, obedece a la división de las fuerzas de la derecha, de las fuerzas que se opusieron al comunismo y que al alcanzar el poder se pelearon entre ellas y obedece también a la ausencia de una constitución democrática que no ha sido todavía redactada ni mucho menos promulgada. El país ha estado viviendo con la Constitución de la República Popular, es decir con la Constitución comunista, pulgada de sus connotaciones marxistas y, últimamente, con la llamada «Pequeña Constitución» que está integrada por unas cuantas leyes fundamentales.

El presidente Walesa, que sustituyó en la Jefatura del Estado al general Jaruzelski, supo aunar a toda la oposición en los años duros del régimen comunista pero no ha podido mantener unidas, ahora, en los años más amables de la actual república democrática y parlamentaria, a las fuerzas que constituían esa oposición. Las elecciones legislativas han dado origen a un Senado y a una Asamblea o *Sejm* muy fragmentados lo que explica

la corta duración de los distintos gobiernos. Estos, en general, han seguido una política continuista sólo turbada por el Gobierno del señor Olszewski que duró pocos meses en el poder pues pretendió purgar a los que habían «colaborado» con el régimen anterior, lo que suponía purgar a toda la clase política y a toda la clase dirigente del país.

El actual Gobierno que preside el señor Pawlak es un gobierno de coalición como los anteriores. Pero es un gobierno de coalición entre el Partido Campesino, el del señor Pawlak y el Partido Social Demócrata del señor Kwasnieski. El Partido Social Demócrata se creó en 1990 una vez disuelto el Partido Obrero Unificado (Partido Comunista) y fue creado por los dirigentes más jóvenes y más reformistas del citado POUP, uno de los cuales era el mencionado señor Kwasnieski. Durante todo el régimen comunista, Polonia estuvo gobernada por el POUP y por el Partido Campesino; un Partido Campesino que había sido marxistizado a la fuerza y cuyos dirigentes eran prácticamente elegidos por los comunistas del POUP.

Ahora, a los cinco años de vida democrática, se han cambiado las tornas y por la fuerza de los votos ha llegado al poder un Partido Campesino que ha recuperado el perfil democrático que tuvo antes de la Segunda Guerra Mundial y ha arrastrado consigo a unos ex comunistas a los que habría que llamar más bien poscomunistas, pues sus dirigentes son los que lucharon en los últimos años del régimen anterior por reformarlo desde dentro y ligarlo a la socialdemocracia de Europa Occidental y en especial a la socialdemocracia alemana. Un observador que no conoce bien Polonia podría pensar que la izquierda marxista ha vuelto al poder. Ello no es así. Ha vuelto al poder una izquierda que quiere, como la derecha, que Polonia entre en la OTAN y en la UE pero que vive más preocupada por los problemas de los obreros y de los campesinos que por cuestiones ideológicas.

PROBLEMAS MILITARES

Las Fuerzas Armadas polacas, profesionalizadas por el general Jaruzelski a quien obedecían y respetaban, aceptaron disciplinadamente el tránsito a la democracia y por ello fueron, a su vez, respetadas por los nuevos dirigentes políticos del país.

Ahora bien, una vez finalizada la transición dichas Fuerzas Armadas tuvieron que enfrentarse con dos problemas importantes: el primero de ellos fue el de reorganizarse para asegurar exclusivamente la soberanía de Polonia, cosa complicada habida cuenta de que habían sido recreadas después de

la Segunda Guerra Mundial para ser una pieza más del gran Ejército del Pacto de Varsovia controlado por la URSS. El segundo problema que las Fuerzas Armadas polacas han tenido que resolver es el causado por los drásticos cortes que ha sufrido el presupuesto de Defensa. Los gastos de Defensa en 1993 fueron el 2,2% del PIB y este año de 1994 serán el 2,1%.

La superación de ambos problemas se está llevando a cabo paulatinamente. El Ejército de Tierra ha reducido su tamaño a base de convertir sus Divisiones en Brigadas. La cúpula militar está presidida por el ministro de Defensa, que el Gobierno deja que sea nombrado por el propio presidente de la República. En la actualidad el ministro es el almirante retirado Piotr Kolodziejczyk, que fue ya ministro justo después de la caída del régimen comunista y cuya primera visita a un país de la OTAN fue a España en 1990. El ministro está asesorado por una Oficina Nacional de Seguridad que es presidida por el viceministro de Defensa y por un jefe del Estado Mayor General del que dependen los jefes de Estado Mayor del Ejército, de la Armada y de la Fuerza Aérea.

El actual ministro de Defensa ha llegado a un acuerdo con sus colegas de Francia y de Alemania con los que se reúne una vez al año.

El ministro de Defensa polaco bajo el régimen comunista controlaba directamente la industria de armamentos que estaba muy desarrollada (era la tercera del Pacto de Varsovia después de las de la URSS y de Checoslovaquia) y concentrada en unas 80 fábricas. Hoy en día estas fábricas están pasando a manos civiles bajo el control del Ministerio de Industria y Comercio que se ha hecho cargo de 28 de esas industrias hasta que no se privatice toda la economía heredada del régimen anterior. El ministro de Defensa sigue asumiendo todavía la responsabilidad de muchas de estas empresas entre las que destaca el Kombinat Bumar situado en Silesia.

PROBLEMAS ECONÓMICOS

De todos los países del Bloque Soviético el que mejor resolvió el difícilísimo problema de la transición de una economía centralizada y estatalizada a una economía de libre mercado fue Polonia y ello se ha traducido en un PIB que crece anualmente. En 1993 creció un 4,5%.

El padre espiritual de esa transición fue el primer ministro de Hacienda de la democracia, el señor Balcerowicz quien al tomar posesión de su cargo invitó a Varsovia a una serie de economistas, ex ministros de Hacienda y gobernadores de Bancos Centrales para que estudiaran con él y con sus colaboradores lo que había que hacer con una economía polaca, que en

los últimos años del régimen comunista había caído en picado en lo que a productividad se refiere y estaba inmersa en un espiral inflacionario. Coordinó la labor de esos asesores el profesor de Harvard, señor Jeffrey Sachs y el resultado de esta asamblea de expertos en economía fue un plan de estabilización del zloty que convirtió a lo que había sido una simple medida de valor en una moneda de verdad.

Paralelamente se dejó amplia libertad al sector privado para que se desarrollara y hoy en día, al lado de las empresas mastodónticas creadas por el comunismo (los astilleros del Báltico, la fábrica de tractores Ursus de Varsovia, los Altos Hornos de Cracovia, etc.) que trabajan en pura pérdida, coexiste un sector privado integrado por 1.700.000 empresas que contribuyen a la creación del 55% del PIB y emplean al 60% de la masa trabajadora. El déficit fiscal será en 1994 un 2,7% del PIB, según dice *Le Monde* del 12-13 de junio de este año y la balanza comercial tendrá este año un déficit de 2.000 millones de dólares.

No todo son noticias favorables al hablar de la economía polaca actual. El pasado año la inflación rondó el 35% y el desempleo el 16%. La privatización de las empresas estatales creadas por el régimen comunista no se ha iniciado todavía por no existir un consenso político sobre la forma en que esa privatización debe llevarse a cabo. Todo ello prueba lo difícil que es liberalizar una economía que ha estado centralizada y manejada por el Estado durante casi medio siglo.

Conclusiones

La proyección de la imagen de la Polonia actual sobre el telón de fondo de una Europa que ha dejado atrás el sistema de Postdam sin haber construido todavía otro nuevo y la radiografía que hemos tratado de hacer de esa Polonia a través del examen de sus principales problemas, nos lleva ya a las siguientes conclusiones:

- a) De los 15 países independientes que existen en estos momentos entre las fronteras orientales de Alemania y las occidentales de la CEI, Polonia es, sin duda, el más importante por su extensión geográfica (311.730 kilómetros cuadrados), por el número de sus habitantes (38.000.000), por el nivel de su economía y por su cohesión social (gracias a su herencia católica, Polonia es una isla occidental entre el luteranismo del este de Alemania y la civilización ortodoxa del resto del mundo eslavo).

- Estos factores amortiguan y reducen la inseguridad causada por la situación geográfica y la fortaleza de los vecinos aunque no la suprimen del todo. Si bien es cierto que la existencia del arma atómica ha eliminado prácticamente la posibilidad de que estallen nuevas guerras mundiales como la primera y la segunda, no se puede descartar la aparición en el futuro de crisis económico-políticas que alteren sensiblemente el tejido europeo y que puedan llegar a producir inestabilidades económicas, caídas de regímenes políticos, cambios de fronteras, etc., acontecimientos que afectarían principalmente a los países más débiles. En el este de Europa los más débiles son, precisamente los 15 países a los que nos hemos referido, entre los que figuran los cuatro de Visegrado que son objeto de estudio.
 - Es, por lo tanto, comprensible que Polonia aspire a ser miembro pleno de la UE. Una UE de la que Alemania forma parte. Una UE que mantenga una relación política amistosa con la CEI, relación cimentada además en una estrecha colaboración económica.
 - Ahora bien, para que Polonia encuentre sitio en la mencionada UE sin que por ello sufran los intereses de los actuales miembros de esa Unión, estos últimos deben estudiar desde ahora, esa futura adscripción polaca a la Unión mencionada. Ni España ni Portugal, entre otros países, pueden dejar que esa futura y eventual adscripción de Polonia se haga sólo teniendo en cuenta intereses privados de las principales potencias europeas.
- b) Mientras los países de Visegrado y Polonia entre ellos, se encuentren en la sala de espera de la UE y de la OTAN, España y Portugal miembros ya de ambas organizaciones, tienen que contribuir, entre otros, a que esa espera sea cómoda para los que aguardan y a que durante la misma estos últimos se sientan seguros.
- Ello obliga a los países de la UE —a todos y no sólo a los que se han reunido en un «Grupo de Contacto» para resolver por su cuenta el problema de Yugoslavia— a trabajar y a imaginar proyectos de acción común que permitan que la garantía de la seguridad y de la estabilidad de los nuevos países independientes de Europa sea obra de todos, la CEI y Rusia incluidas. Ahora nadie ha ganado una guerra y nadie se ha instalado en una victoria desde la que se puedan dictar comportamientos a los demás países de nuestra privativa comunidad internacional. Pero esta verdad, la de que por primera vez en la historia todos los europeos

somos iguales, hay que recordarla continua, amistosa y diplomáticamente por los menos fuertes a los más. Constructivamente. En el lenguaje que debe usarse entre socios que están embarcados en una misma aventura, en la que el sentido común político tiene casi tanto o más valor que la potencia económica o militar.